

—Perdonad mi atrevimiento. Es tan triste hallarse solo en el mundo, con la vergüenza de no tener un apellido...

¡Oh! Por piedad, reconocedme como vuestro hijo, y despues ordenad de mí le que gustéis.

—Haceros digno de ese título. El día que por vuestras virtudes, por vuestras hazañas, merezcáis ser mi hijo, yo os abriré mis brazos.

Y haciendo una señal imperativa, obligó al jóven á que abandonase la estancia.

Ramiro salió con el corazon traspasado, abrigando proyectos de venganza.

Pero la violenta emocion que le produjo aquella escena le hizo caer desmayado en las inmediaciones de palacio.

El duque de Bejar, que se dirigia á su casa, y que como sabemos, era muy caritativo, se compadeció del jóven y se le llevó.

Cuando volvió en sí Ramiro, le contó su historia, aunque ocultándole quien era su padre.

Don Alvaro le propuso quedarse á sus órdenes en calidad de paje, y el jóven aceptó.

Ya sabemos que se enamoró perdidamente de Blanca, y este dulce sentimiento apagó en su corazon la sed de venganza respecto al señor de Chievres.

---

## Capítulo C.

---

Lo que hizo el paje despues de presenciar la escena que tuvo lugar entre Blanca y Hernan Cortés.

Ramiro, que habia sido desdeñado por la hija de don Alvaro, habia despertado una pasion violenta en una gitana llamada Rosario.

Esta, que no era correspondida por el mancebo, espiaba todas sus acciones para darse cuenta de su desden; y al saber que Blanca era la causa, continuamente le aconsejaba que se deshiciese de ella, toda vez que no premiaba su cariño.

El pajecillo, aunque casi habia perdido toda esperanza, no creia debia rebajarse á cometer accion tan indigna.

El día en que Ramiro sorprendió la escena que tuvo lugar entre la hija del duque de Béjar y el ilustre Hernan Cortés, cuando presenció el amoroso

arrebato del ilustre caudillo, arrebato que le impulsó hasta imprimir un ósculo en la frente de la jóven, loco, frenético, fuera de sí, acudió á buscar á Rosario, y le dijo:

—Es inaudito lo que pasa. El amor que siente Blanca hácia Hernan Cortés, le hace olvidarse hasta de lo que toda mujer se debe á sí misma. Ella, que siempre se muestra conmigo tan esquiva, ha estado tan insinuante, que ese advenedizo ha impreso un fuerte ósculo en la frente de esa mujer sin corazon.

—Desengañaos, Ramirito, —dijo la gitana;— en esta vida no lograreis ser correspondido por vuestra bella ingrata.

—¿Y qué hacer!

—Asegurar la felicidad en la vida eterna.

—¿Pero tengo que renunciar á ese amor que es mi encanto, mi delicia, que llena todo mi sér?

—¡Qué disparate! Al deciros que debéis asegurar la felicidad en la otra vida, me refiero á que la disfrutareis con Blanca.

—Decidme por piedad de qué medio he de valerme.

Un relámpago de alegría brilló en la mirada de Rosario.

Comprendia que ya el jóven era su esclavo; pero á fin de asegurarse, añadió:

—En el mundo, pichon mio, quien algo quiere, algo le cuesta.

—¿Y qué deseais?

—Vuestro cariño, que no cambiaria por todos los tesoros del mundo.

El paje vaciló.

—Que yo tengo la seguridad de poseerle, —añadió la gitana, —y ya vereis cómo trabajo en favor vuestro.

—Seré vuestro.

—Eso es hablar en razon.

Y para hacer valer más su consejo, permaneció un instante silenciosa.

Al cabo de algunos minutos:

—Lo primero que debes hacer, hechizo de mis ojos, —le dijo, —es dar muerte á esa tontuela que se ha atrevido á despreciarte á tí, que eres el más apuesto galan de la córte.

—¿Y no hay otro medio de que consiga ser correspondido en la otra vida?

—No.

—¡Eso es terrible!

—¿Vacilas?

—Comprended que es mucho sacrificio el que exigís de mi.

—Ya lo creo; teñir tus manos en la sangre de una doncella inmaculada, tan inocente que permite que un hombre apoye sus labios en su candorosa frente...

Este recuerdo produjo en Ramiro el efecto que se proponia su interlocutora.

Sintiéndose con ánimo para cometer aquel crimen:

—No creais que me detiene esa consideracion: pero temo caer en poder de la justicia, y aunque no tengo apego á la vida, sentiria perderla sin haberme vengado del señor de Chievres, cuyo exterminio he jurado.

—Todo se andará, pimpollo mio, y sin el menor riesgo de tu parte. Ven conmigo.

Ramiro siguió á la gitana, y atravesando calles tortuosas y solitarias, llegaron al antro que servia de morada á aquella hechicera.

El jóven no podia ocultar la repugnancia que le inspiraba cuanto contemplaban sus ojos.

Rosario le dejó un instante sólo, volviendo poco despues con un cordero.

—Voy hacer delante de tí una prueba,—le dijo,—para que te convenzas de que ningun riesgo corres al poner los medios de labrar tu felicidad.

Este manso animal vá á morir á mis manos. Si exhala el menor quejido, es señal de que te comprometerás; pero si, por el contrario, permanece insensible al ser inmolado, es señal evidente de que nada te sucederá.

Ramiro escuchaba á Rosario, y le parecia un sueño cuanto le decia.

La gitana cogió un cuchillo; y antes de clavarle en el infeliz corderillo, fingiendo acariciarle, le narcotizó.

Naturalmente no sintió dolor alguno, y aquel ardid convenció á Ramiro de la veracidad de las palabras de aquella embaucadora.

—¿De forma que nada tengo que temer?—exclamó al fin.

—Ya lo estás viendo.

—Pero ¿cómo me vengaré del señor Chievres? La posicion que ocupa en la córte hace suponer que no quedaria impune cualquier atentado que cometiésemos.

—No te inquietes por eso. Ahora lo que interesa es que despaches á la muchacha. Enseguida te apoderas de cuantas alhajas y dinero halles en casa de tu señor; vienes á reunirte conmigo; nos vamos á un sitio que yo sé, nos ocultamos allí, y por mucho que nos busque la justicia no dará con nuestro paradero.

Ramiro se despidió de la gitana, dispuesto á llevar á cabo sus siniestros consejos.

Su conciencia, sin embargo, le hacia ver la enormidad de aquel delito.

Pero los celos le impulsaban á cometerle.

—Yo no debo,—se decia unas veces,—teñir mis manos en la sangre de la hija de mi amo. ¿Con qué razon puedo tener celos?—¿Acaso me ama? Por otra parte, ¿mi humilde posicion puede hacerme aspirar á una dicha tan inmensa?

Otras, por el contrario, dando al traste con estas juiciosas reflexiones, exclamaba:

—Pero yo no puedo consentir que esa mujer tan esquiva consienta que un hombre la acaricie. ¿Quién sabe en qué hubiera terminado aquella escena, á no haberme presentado tan oportunamente!

Nada, nada, es preciso que muera.

La gitana tal vez me engañe; no importa.

La agitacion en que yo vivo me mata. Si esta no ha de terminar, ¿qué me importa morir?

El recuerdo de su padre, la venganza que proyectaba si no le daba su apellido, le aconsejaban desistir de sus propósitos respecto á Blanca, y procurando calmar sus celos, añadía:

—Soy un insensato. Yo necesito vivir y conducirme en casa del duque de Béjar de una manera irrepochable. Tal vez logre interesarle en mi favor, y por su mediacion conseguir una espada. El dia que pueda ceñirla me presentaré á mi padre y le diré:

«Soy digno de vos; reconocedme como vuestro hijo.»

Pero ¿y si entonces se niega?—se preguntaba.

¡Oh! Si se niega... peor para él,—exclamaba con sordo acento.

---

## Capitulo Cl.

---

Un asésinato.

Hernan Cortés dijo un dia al duque de Béjar:

—Me vais á permitir que abandone vuestra casa.

—¿Y qué motiva esa resolucion?

—Os suplico que no inquirais la causa.

—De ningun modo; tengo precision de saberla. Conozco vuestra sensatez, y cuando deseais abandonar la casa de un amigo, será por que no esteis contento en ella.

—No digais semejante cosa. Seria un ingrato si no os confesase que aquí he pasado los dias más felices de mi vida; pero mi delicadeza no me permite continuar.

—Me ofendeis al suponerme tan mezquino.

—Ya sé que sois generoso, y que vuestros cuantiosos bienes os son suficientes para dispensar esplén-

dida hospitalidad á un amigo. Pero tal vez me agradezcáis mi resolucion.

—No os comprendo.

—Me explicaré.

—Ese es mi mayor deseo. Empezad, pues.

Y sentándose el de Béjar, rogó á Cortés que hiciera otro tanto.

Este, despues de vacilar algunos momentos, se expresó en estos términos:

—Al aceptar vuestra generosa hospitalidad, no podia yo suponer que se habian de despertar en mi alma sentimientos que creia ya completamente amortiguados. Los solícitos cuidados de vuestra hija, su radiante hermosura, su bondadoso carácter, me han impresionado de una manera tal, que comprendiendo que no puedo racionalmente esperar ser correspondido, á causa de mi avanzada edad, he resuelto separarme de la que tan vehemente pasion me ha inspirado.

Creo cumplir cen los deberes que me impone mi hidalguía haciéndoos esta revelacion, porque no quisiera que en ningun tiempo dijéreis que he abusado de vuestra amistad, haciendo llegar á los castos oídos de Blanca la declaracion de mis sentimientos amorosos.

Esta confesion halagó sobre manera al duque de Béjar, por que ella le conducia á una situacion que hacia tiempo deseaba.

Tendiéndole la mano cariñosamente:

—¿Y son esas,—le dijo,—todas las razones que te-

neis que oponer á mi propósito de que sigais honrando esta casa?

—Me parece...

—Hernan Cortés, conoceis mi carácter franco, tal vez demasiado franco, y voy á hablaros como se debe entre amigos. Fray Pedro Melgarejo, hombre de mundo, en el buen sentido de la palabra, me dijo hace dias que notaba en vos cierta predileccion hácia mi Blanca. Yo, si he de hablaros con sinceridad, no daba gran crédito á su observacion.

Me parecia demasiada honra que llegáseis á pertenecer á mi familia; y por otra parte, aunque á ningno con tanto gusto le hubiera concedido la mano de mi hija, no sabia si habiais hallado eco en su alma. Fray Pedro me aseguraba que mi hija seria muy dichosa llamándose vuestra esposa, y el tiempo ha venido á confirmar la certeza de las observaciones de mi buen amigo.

—Cortés, ébrio de alegría, exclamó:

—Segun eso, ¿vuestra hija?...

—Mi hija me ha confesado que sois el ideal que habia soñado, que si no se casase con vos, abrazaria la vida del cláustro. No creais que desconozco que jamás debieran salir de mis lábios estas palabras; pero yo, cuando hablo con un amigo á quien estimo, prescindo de toda etiqueta, y doy expansion á mi alma.

—Mucho agradezco esa franqueza, tanto más, cuanto ella me revela una felicidad, á la que jamás me atrevia á aspirar.

—¿De forma que aplazareis vuestra marcha?

—Nada puedo negaros, mi amigo don Alvaro.

El duque de Béjar se separó de su huésped, y fué á buscar á fray Pedro para comunicarle la entrevista que acababa de celebrar.

El reverendo le felicitó por haber encontrado un yerno de tan relevantes prendas; y sin perder tiempo llamaron á Blanca para darle aquella noticia, que de seguro habia de causarle un inmenso placer.

Hernan Cortés habló á su vez con Blanca, y oyó de sus lábios, en medio del mayor candor, que se creia la mujer más dichosa de todo el mundo.

Los preparativos de la boda se hicieron con notable actividad.

Los artistas más distinguidos de la época decoraron los salones de la casa del ilustre duque.

Asistieron como convidados todos los caballeros y damas de la corte, y la mayor parte de las familias de la nobleza.

Tambien acudieron el conde de Aguilar y su hija, tío y prima de la novia.

El rey, que se hallaba en Italia, no pudo asistir á aquella solemne ceremonia, y nombró para que le sustituyera á Pedro de Alvarado.

Este y su esposa Carlota fueron los padrinos en representacion tambien del emperador.

El arzobispo de Toledo, para mayor solemnidad, bendijo la union de los cónyuges.

A la salida del templo un gentío inmenso aguardaba á los que ya eran esposos para felicitarlos.

Blanca lucia un riquísimo traje que realizaba más y más su hermosura.

El banquete que hubo en casa de don Alvaro fué espléndido.

Al mismo tiempo, para dejar grabada en la memoria de todos aquella solemnidad, se sirvió á doscientos pobres una abundante comida.

Tambien se vistieron cuarenta niños, cuyos padres eran braceros, y se dotaron otras tantas doncellas.

Cien músicos, que durante el banquete le amenizaron con deliciosos acordes, recorrieron las calles de la poblacion.

Por la noche hubo baile en el palacio del duque de Béjar.

Terminado este, cuando los convidados se despidieron, la novia se retiró á su cuarto seguida de sus doncellas para que la desnudasen.

Un momento despues se oyó un grito penetrante.

Acudieron todos los que habia en la casa, y hallaron á Blanca asesinada al pié del tálamo nupcial.

Todos ignoraban quién pudiera ser el asesino.

Hubo, sin embargo, quien no creyera ajeno á aquel crimen al paje Ramiro.

Recordaron que no se le habia visto aquel dia en la casa; le mandaron á buscar por toda la ciudad, y cómo no parecia se aumentaron las sospechas.

Aquel lamentable suceso consternó á todo el mundo.

Hernan Cortés y el duque de Béjar estuvieron á punto de volverse locos.

La alegría que algunas horas antes reinaba en la ciudad imperial, se convirtió en las más desoladora tristeza.

---

## Capítulo III.

---

### Lutero y la reforma.

Si el emperador Carlos V tuvo la honra de que durante su reinado se llevase á cabo la conquista de Méjico, no fué menor la gloria que adquirió procurando destruir las perniciosas doctrinas que vertía Lutero en Alemania, doctrinas que tendian á amen-  
guar el brillo de la religion cristiana.

Mas para formar una idea exacta de las causas que impulsaron al tristemente célebre Martin Lutero á emprender su funesta reforma, al poco tiempo que para poner de relieve los laudables esfuerzos del monarca español al ser proclamado emperador de Alemania, examinemos imparcialmente la situacion en que habian colocado á la Iglesia algunos indignos representantes.